

LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

1ª lectura (Isaías 60, 1-6): *Sobre ti amanecerá el Señor.*

Salmo (71, 1bc-2.7-8.10-13): *«Se postrarán ante ti, Señor, todos los pueblos de la tierra»*

2ª lectura (Efesios 3, 2-3a.5-6): *También los gentiles son coherederos.*

Evangelio (Mateo 2, 1-12): *Hemos visto salir su estrella.*

Jesús es el «*Emmanuel*», es decir “*Dios con nosotros*”. Y si es así, ese “*nosotros*” tiene dimensiones universales y no puede restringirse a unos cuantos paisanos de Jesús en una época determinada. **¿Cómo explicar que Jesús, desde su origen, tiene un significado salvífico para todos los pueblos y no solo para los judíos?**

Mateo trata de comunicárnoslo en esta bella narración que ha encendido la imaginación de tantas generaciones, aunque muchas veces se ha tratado de explicar como acontecimiento histórico, debemos leerla y comprenderla en su dimensión evangelizadora. Mateo nos anuncia que Jesús convoca a todos los pueblos para hacerlos partícipes de su salvación. Jesús es mostrado desde lo alto, «*Epifanía*», como el portador de la salvación universal.

A causa de sus hallazgos por la ciencia y de su reflexión sobre ellos, unos hombres se ponen en camino para encontrarse con quien da sentido a todo cuanto existe. La ciencia es como una estrella, brilla, ilumina, guía, pero no basta... esos hombres van a necesitar de la Escritura para poder poner término a su peregrinaje. Guiados por la estrella, pero esclarecidos por la Escritura, es como los magos llegan a Jesús y le rinden su homenaje.

Ellos no son, en la meditación de san Mateo, sino las primicias de todos los hombres y mujeres que a través de muy diversas maneras “*hemos visto su estrella*” y nos vamos sintiendo atraídos hacia Jesús, y luego, ayudados por la Palabra de Dios, nos encaminamos hasta llegar a ese “*Dios con nosotros*”, el «*Emmanuel*» que muy bien podría pasar desapercibido, pues a los ojos de los mediocres solo lo grande es importante... y solo a los ojos de los verdaderamente grandes aparecen la bondad y la belleza de Dios en lo pequeño y sencillo.

Hoy no es la fiesta de los “*Reyes Magos*”, como a veces decimos o escuchamos decir. Hoy es la fiesta de la «*Epifanía*», la fiesta de la manifestación de Dios a todos los pueblos de la tierra, pero no en lo ostentoso, sino en un niño ante cuya presencia los “*magos*” y los creyentes de todos los tiempos nos llenamos de inmensa alegría: La alegría de haber visto su estrella... La alegría de escuchar su Palabra... La alegría de llegar hasta la meta de nuestro peregrinaje espiritual... La alegría de encontrar a Dios en lo pequeño... La alegría de que Él reciba nuestro homenaje de adoración y nuestros dones, por inadecuados que parezcan.

Hoy también nosotros nos hemos dejado guiar por la luz divina, y ojalá encontremos en Jesús en su Palabra, en sus sacramentos y en nuestra comunidad de fieles (parroquia). Ojalá podamos postrarnos en adoración ante él. Y ojalá regresemos a nuestras casas “*por otro camino*”, por un camino distinto no en lo geográfico, sino en lo espiritual.

Una arraigada tradición ha tergiversado el sentido profundo de esta fiesta, convirtiéndola en la orgía del consumo y, con frecuencia, en una esclavitud para los niños, rebozada de ilusión y fantasía encarnadas en las cabalgatas de los Reyes Magos. Sin descartar que los adultos también nos vemos envueltos de alguna forma en ese consumismo.

Reconozco que la palabra no es fácil. «*Epifanía*» significa “*manifestación*”. Y manifestación con un doble sentido: por un lado, la irrupción gloriosa en medio de las tinieblas, atrayendo las miradas; por otro lado, la manifestación de algo o alguien que está oculto y se va mostrando progresivamente, desvelando su misterio.

La primera lectura de Isaías y el Evangelio muestran las dos formas: el Evangelio nos habla de una estrella que solo ven los Magos paganos, oculta a los sabios y poderosos de Israel; y, sin embargo, el Niño es adorado como Mesías en quien se cumplen las promesas del Antiguo Testamento. Y el texto de Isaías proclama la manifestación esplendente de Dios en la historia, la unidad de todos los pueblos, la era de la paz, en torno a Jerusalén. Es posible que resulte sorprendente el contraste entre el Evangelio y el Profeta. La respuesta nos la da san Pablo: entre el pobre rincón de Belén y la ciudad iluminada, Iglesia celeste, habitada por la Gloria de Dios, se encuentra la misión, la etapa del entretiem po de la fe que anuncia a Jesús, ese Niño, como el Salvador de todos los pueblos.

Solamente puede celebrar la Epifanía quien, como los Magos, ha visto iluminada su vida por este Niño. Y cuando el Espíritu Santo te lo concede, la evidencia del don es tan grande que lo entregas todo en un acto de adoración a los pies de su Rey. Y ese don no es otro que la fe. Por ello, quien ha experimentado que la fe es un don y no una ideología religiosa, el encuentro gozoso con Jesús, el Dios-Hombre, no podrá ya dejar de anunciarlo a los hombres.

¿Cómo? Poniendo a la persona por encima de todo y de otros muchos modos. El principal será la entrega de su vida, sin grandes discursos, con plena confianza en el ritmo de Dios. La experiencia de la auténtica fe lleva directamente a la misión y al servicio. A veces, el problema está en que se siente la necesidad de misión, pero no se sabe cómo realizarla, porque se desconfía de experiencias pasadas. Pon la mirada en algo tan concreto como tu familia, tus amistades, tu parroquia.